
*La democracia en el Sur de América, una visión tocquevilleana**

Claudio Vouga**

“La inquisición nunca pudo impedir que circularan en España libros contrarios a la religión mayoritaria. El imperio de la mayoría hace mejor las cosas en los Estados Unidos; suprime inclusive la voluntad de publicarlos”.
Alexis de Tocqueville (1994)

La presente disertación se refiere a un trabajo todavía en fase de elaboración que pretende estudiar las instituciones políticas, las organizaciones de la sociedad civil y el autogobierno en Brasil. Creo que la realización de un estudio de este tipo en otros países de Iberoamérica es posible y deseable, ya que entonces podríamos comparar la versión portuguesa con la versión española y verificar cómo ellas, aún difiriendo entre sí, se distinguen aún más de la democracia norteamericana de origen inglés.

Pretendo servirme de aquello que llamo “visión tocquevilleana” pues fue justamente Alexis de Tocqueville quien percibió primero, por un lado, la ineluctabilidad de la democracia en las sociedades modernas, y por otro, el peligro que la libertad corre en las mismas. Esa mirada inquieta que el joven Alexis lanzaba a América, teniendo siempre a Francia y a su revolución interminable como objetivo último, hoy nosotros podemos posarla también sobre nuestros países.

* Una versión anterior de este trabajo fue publicada en *Tempo Social, Revista de Sociologia da USP*, Vol. 13, N° 1, mayo de 2001. Título original en portugués: *A democracia ao sul da América, uma visão tocquevilleana*.

** Profesor del Departamento de Ciencia Política (DCP) de la Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias Humanas (FFLCH) de la Universidad de São Paulo (USP).

A pesar de que la democracia moderna, entendida como ejercicio de la libertad en condiciones de máxima igualdad posible, se esté tornando un valor universal, las formas de su ejercicio dependen del tiempo y de las circunstancias. La crisis de la democracia, todavía *in nuce*, pero que ya se presenta como una imagen ascendente y progresiva, así como el desencanto que la acompaña, son en gran parte resultado del olvido de esas condiciones. El modelo de democracia norteamericano no es exportable, aunque sería deseable; hoy en día la democracia francesa, la alemana, la española, la australiana y hasta la canadiense son muy diferentes de la norteamericana. ¿Por qué entonces pretender que los países de Iberoamérica tengan a esta última como paradigma? Esta reflexión no implica que estemos condenados a gobiernos autocráticos por ser diferentes, pero sí indica que somos enteramente peculiares. En este sentido, como muestra Tocqueville al hablar de los Estados Unidos, la democracia en el sur de América, para ser sólida, tiene que partir de nuestros propios territorios, climas, tradiciones, costumbres e instituciones políticas.

I.

A pesar de la inmensa erudición de Tocqueville y de sus amplios conocimientos sobre las instituciones del antiguo régimen europeo, así como de sus numerosos escritos sobre Inglaterra e Irlanda, sobre Prusia, Austria y los territorios alemanes y hasta sobre Rusia, son prácticamente inexistentes las referencias a España. Esta última sólo aparece en relación con los acontecimientos que tenían influencia sobre la política externa en la época en que Tocqueville era miembro del parlamento o -más tarde- cuando integraba el ministerio Odilon Barrot en la cartera de asuntos extranjeros. Extrañamente, una de las pocas referencias a las instituciones políticas españolas se relaciona con el espíritu municipal y las instituciones municipales y va, justamente, en el sentido contrario al elogio hecho a la fuerza de las instituciones locales en América del Norte, sobre todo en las ciudades de Nueva Inglaterra. Refiriéndose a los acontecimientos posteriores a la muerte del rey Fernando VII y a la guerra civil y los desórdenes subsiguientes, dice Tocqueville:

“El partido exaltado o revolucionario existía sobre todo en las ciudades, incluso hoy está probado que solamente existía en ellas. Infelizmente, el espíritu municipal y las instituciones municipales son tales en España, y la capital ejerce tan poca influencia, que la revuelta puede organizarse en cada ciudad. Esta organización municipal permitía a los revolucionarios encontrar fácilmente, a pesar de su pequeño número, grandes y poderosos centros de acción en las grandes ciudades que son numerosas en España (Tocqueville, 1985: 357) ”¹.

Asimismo, como comenta André Jardin en una nota, ese y otros escritos de circunstancia de Tocqueville en los que hace referencia a España no tienen un fundamento muy firme acerca de la evolución y la realidad de ese país. Si casi nada existe sobre España en la obra de nuestro autor, menos todavía sobre Portugal o su ex colonia americana.

Encontramos en la obra de Tocqueville, *La democracia en América*, apenas unas pocas y vagas referencias a México, a los españoles de América del Sur o a los españoles y portugueses y sus ex colonias, que sirven sobre todo de contrapunto y apoyo para su razonamiento en el análisis de las instituciones angloamericanas.

Después de lamentar el estado de anarquía, guerra civil y despotismo en que América del Sur y México están sumergidos, Tocqueville afirma casi con desesperación:

“(…) ¿quién puede afirmar que las revoluciones no sean, en nuestro tiempo, el estado más natural de los españoles de la América del Sur? En esos países, la sociedad se debate en el fondo de un abismo del que sus propios esfuerzos no pueden hacerla salir. (...) El pueblo que habita esta bella mitad de un hemisferio parece obstinadamente dedicado a desgarrarse las entrañas y nada podrá hacerlo desistir de ese empeño. El agotamiento lo hace un instante caer en el reposo, y el reposo lo lanza bien pronto a nuevos furros. Cuando llego a considerarlo en el estado alternativo de miserias y de crímenes, me veo tentado a creer que para él el despotismo sería un beneficio. (...) Pero estas dos palabras no podrán encontrarse unidas nunca en mi pensamiento” (Tocqueville, 1994: 237).

O, más adelante, en el capítulo 10 de la segunda parte del primer libro: “Los españoles y los portugueses fundaron en la América del Sur grandes colonias que después se convirtieron en imperios. La guerra civil y el despotismo están desolando actualmente esas vastas comarcas” (Tocqueville, 1994: 376).

Tocqueville, entretanto, tiene esperanzas de que, en el futuro, esa región pueda también ser constituida por naciones bien ordenadas:

“(…) La América del Sur es cristiana como nosotros; tiene nuestras leyes y nuestros usos; encierra todos los gérmenes de civilización que se desarrollaron en el seno de las naciones europeas y de sus descendientes; América del Sur tiene, además, nuestro propio ejemplo: ¿por qué habría de permanecer siempre atrasada?” (Tocqueville, 1994: 376).

Discípulo de Montesquieu, Tocqueville, como el Barón de la Brède, sabe perfectamente que los modelos institucionales no actúan en el vacío, independientemente de los medios físicos, el clima, las costumbres, etc. Yes él quien nos dice en el final del capítulo 9 de la segunda parte del libro primero de *La Democracia en América*:

“Quienes después de leer este libro juzgaren que al escribirlo he querido proponer las leyes y las costumbres angloamericanas para que sean imitadas por todos los pueblos que tienen un estado social democrático cometerían un gran error. Se habrían fijado sólo en la forma, abandonando la sustancia misma de mi pensamiento. Mi fin ha sido mostrar, por medio del ejemplo de Norteamérica, que las leyes y sobre todo las costumbres podían permitir a un pueblo democrático permanecer libre. Estoy, por lo demás, muy lejos de creer que debemos seguir el ejemplo que la democracia norteamericana ha dado e imitar los medios de que se ha servido para alcanzar ese fin con sus esfuerzos; pues no ignoro cuál es la influencia ejercida por la naturaleza del país y los hechos anteriores sobre las constituciones políticas, y yo vería como una gran desgracia para el género humano que la libertad debiese manifestarse en todos los lugares con las mismas características” (Tocqueville, 1994: 310 y 311).

América y sus leyes no son de forma alguna un modelo a seguir. Refiriéndose específicamente a México, dice Tocqueville:

“Los habitantes de México, queriendo establecer el sistema federativo, tomaron por modelo y tomaron casi íntegramente la constitución de los angloamericanos, sus vecinos. Pero al trasladar la letra de la ley, no pudieron trasponer al mismo tiempo el espíritu que la vivifica. Se vio cómo se estorbaban sin cesar entre los engranajes de su doble gobierno. La soberanía de los Estados y de la Unión, al salir del círculo que la constitución había trazado se invadieron cada día mutuamente. Actualmente todavía, México se ve arrastrado sin cesar de la anarquía al despotismo militar y del despotismo militar a la anarquía” (Tocqueville, 1994: 159).

Como vimos, Tocqueville tiene esperanzas de que América del Sur sea capaz, como Europa, de superar sus propias tinieblas; sin embargo, surge otro obstáculo:

“(…) una época más o menos lejana vendrá sin duda que los americanos del sur formarán naciones florecientes e ilustradas. (...) Pero cuando los españoles y los portugueses de la América Meridional comiencen a experimentar las necesidades de los pueblos civilizados, se aliarán todavía lejos de poder satisfacerlas por sí mismos; últimos en nacer a la civilización, sufrirán la superioridad ya adquirida por sus mayores. Serán agricultores largo tiempo antes de ser manufactureros y comerciantes y tendrán necesidad de la mediación de los extranjeros para ir a vender sus productos allende los mares y procurarse, en cambio, los objetos cuya necesidad nueva se deje sentir. (...) No se podría dudar que los americanos del norte están llamados a proveer un día a las necesidades de los americanos del sur. (...) Los americanos de los Estados Unidos se encuentran frente a los pueblos de la América del Sur precisamente en la misma situación que sus padres los ingleses tuvieron frente a los italianos, a los españoles, a los portugueses y a

todos los pueblos de Europa que, siendo menos “adelantados” en civilización e industria, reciben de sus manos la mayor parte de los objetos de consumo” (Tocqueville, 1994: 376 y 377).

Tenemos aquí al conde como un precursor de la *Teoría de la Dependencia*, ¿o será de la *Teoría del Imperialismo*?

II.

Con el fin de la Unión Soviética y la *débaçle* de las teorías políticas de inspiración socialista pasamos por un momento en el que se pretendió llegado el fin de la historia, de las ideologías y, si no el fin, por lo menos la unicidad de la teoría política. El viejo *homo economicus*, desmoralizado en la economía porque los agentes no se comportan racionalmente en el mercado, de repente entra travestido por la puerta trasera, justamente a través del pensamiento político, territorio tradicional de las pasiones. Reducida al mercado, la política pasa a ser apenas elección racional, y si todavía implica competencia, como en el proceso electoral por ejemplo, el conflicto parece ciertamente eliminado, y el poder, el centro mismo de toda política y pensamiento sobre la política, es una dimensión inexistente. Es detrás de esas elecciones que todo lo determinan, en un mundo en que se vive sin razón mientras se muere por la patria², que está el bienestar económico (*That's the Economy, stupid*³). La todopoderosa economía determina las elecciones políticas como jamás podría haber imaginado en sus peores momentos de paranoico devaneo ni siquiera el más furioso de los marxistas vulgares.

Pero el siglo XX marca no sólo el fin de la utopía socialista, sino también el final de la ingenuidad liberal a la que indebidamente se le antepone el prefijo “neo”. Lo que todos los realistas en política, liberales o no, siempre supieron, es que el buen funcionamiento del mercado (garantía de la propiedad, del cumplimiento de los contratos, etc.) tienen como una condición previa la existencia del estado. El Leviatán es anterior a la posibilidad de una actividad económica estable que permita al hombre la esperanza de una vida más cómoda que, como sabemos, junto con el miedo a la muerte, constituía para Hobbes la justificación de la abdicación de la libertad natural y la constitución del pacto social.

Por razones que no cabe aquí discutir -muchas de las cuales, ciertamente, todavía no salieron del cono de sombras de la proximidad histórica- ni la paz ni la prosperidad vendrán en este proceso de mundialización con hegemonía norteamericana que aún estamos viviendo. Si el socialismo se terminó y el mercado reina, éste último, en la realidad, funciona como una mano única para el flujo de riquezas y los que vivimos en el sur de América no formamos parte de los privilegiados. Desgraciadamente, en esta época de desilusiones, el peligro es que valores estimables como la libertad acaben desapareciendo con la irracionalidad del

sistema capitalista comandado por los Estados Unidos e identificado indebidamente con la democracia.

Ciertamente, ha llegado la hora de pensar, ¿qué estado y qué democracia queremos? Ha llegado la hora de la Teoría Política. Junto a las alternativas al modelo económico, debemos pensar las variantes políticas posibles dentro del modelo económico dominante.

Quiero decir que, aún en el capitalismo avanzado, el modelo angloamericano no es la única alternativa de democracia posible.

Hoy, en Iberoamérica, el espectro de las dictaduras, militares o no, comienza a rondar nuestros países: Perú, Colombia, Ecuador, Venezuela, Paraguay. Es necesario pensar qué política queremos para implementar qué tipo de sociedad. Aun cuando las alternativas no sean infinitas como lo expresó Tocqueville -pues estamos presos en un círculo fatal de donde no podemos salir- todavía tenemos de dónde escoger, parafraseando al aristócrata francés: dentro de sus amplios límites, el hombre es poderoso y libre... y lo mismo sucede con los pueblos. Y es, justamente, en este espacio de libertad que se desenvuelve el noble arte de la política.

Tocqueville al estudiar la América anglosajona de mediados del siglo XIX, lanzó las bases de una reflexión sobre las sociedades democráticas, sus virtudes y sus horrores, que hoy parece más válida que nunca. Por eso nuestra propuesta es lanzar una mirada tocquevilleana sobre la América portuguesa, sobre Brasil.

Desde la publicación de su obra, o incluso antes, desde la llegada de Tocqueville acompañado de Beaumont al continente americano, sus ideas sobre los Estados Unidos son mal interpretadas con buena o mala fe. Lejos de admitir a la América anglosajona como un modelo para Europa, Tocqueville -en realidad- mostraba cómo era posible la eventualidad de mantener la libertad, aún cuando la sociedad no tuviera ni jamás tuviere aristocracia, como era el caso de las antiguas colonias que se forman negando el pasado y pretendiendo refundar el mundo y el hombre contra la tradición y basándose apenas en las escrituras sagradas. Esa sociedad que hace *tabula rasa* de todo, guardadas las debidas distancias, se asemejaría a la Rusia del inicio de la Revolución, o al Irán de los ayatolas. No me voy a extender sobre el horror que América causó en la óptica de nuestro aristócrata, que en realidad pensaba (y aquí glosó) que si hasta en América (v.g. *United States of America*) la libertad puede subsistir, entonces lo hará con más facilidad allí donde la aristocracia modeló el mundo; aunque no existan más sus instituciones políticas, ella podrá mantenerse.

III.

Si, en Brasil, fuéramos a analizar nuestras instituciones políticas o las organizaciones de la sociedad civil, ambas heredadas de los portugueses, y las compararíamos con las norteamericanas estudiadas por Tocqueville, veremos una clara ventaja para las nuestras desde un punto de vista imputable al autor. Ciertamente, la tradición de autonomía de las Cámaras portuguesas transplantadas al Brasil es por lo menos de la misma magnitud que la de las *townships* que tanto maravillaron al noble francés. También en lo que respecta a las organizaciones de la sociedad civil, no eran pequeñas iglesias o asociaciones las que encontramos en estas tierras meridionales, sino instituciones del porte de las *Misericórdias* o las *Ordens Terceira* que tuvieron un papel central tanto político como de *welfare* social o religioso y que tienen hasta hoy un papel destacado. Y ello sin tener en cuenta toda la red de asociaciones que siempre traspasó vertical y horizontalmente la sociedad lusobrasileña: hermandades, *festeiros*, bailarines, bandas y fanfarrias, sociedades de artesanos y tantas otras que todavía subsisten vigorosamente.

Únicamente partiendo de una lectura contemporánea de nuestras tradiciones podremos pensar nuestra variante de democracia, compatible con lo que fuimos y con lo que somos. Nuestra democracia carece de adjetivos.

Dejemos de lado por un momento al gran hombre y pensemos en Brasil, no como una negación sino como una continuidad con el pasado portugués, así como siempre se hizo antes de que las tendencias jacobinas infiltradas en una cierta historiografía reciente hubiesen confundido la afirmación de lo propio con la negación del pasado.

Claramente, es necesario, antes que ninguna otra cosa, pensar las semejanzas y las diferencias de la herencia ibérica común, a la manera en que los españoles y los portugueses colonizaron sus “nuevos territorios” en América. Albert Hirschman -en un ensayo sobre un tema completamente diferente- apunta a aquella que es ciertamente la diferencia fundamental de las colonizaciones ibéricas:

“En el siglo XV, los reyes católicos de España concluyeron, después de siglos de lucha, la reconquista de su país, substrayéndolo del dominio musulmán. En el decorrer de ese evento memorable, los gobernantes del reino se vieron imbuidos de un fervor extraordinario, de un celo misionero y de poder. Con el descubrimiento del Nuevo Mundo en América (el evento exógeno en la historia) ese espíritu fervoroso encontró pronto una vía de escape, inspirando la inminente conquista militar del nuevo continente y los subsecuentes esfuerzos intensivos de proselitismo hechos por el Estado y por la Iglesia española” (Cf. el capítulo XIV de Hirschman, 1996).

Nada semejante ocurrió en las tierras ocupadas por los portugueses, donde no hubo ni conquista militar ni proselitismo, sino apenas fechorías en los comienzos y cultivos volcados para el comercio, después. De los portugueses aquí instalados

heredamos dos series de elementos en las que se pueden identificar características “democráticas”. En primer lugar, una sociedad civil extremadamente fuerte e independiente, con características igualitarias aunque no liberales. Por otro lado, obtuvimos instituciones políticas, originadas en la Edad Media pero con características peculiares, como la fuerza e independencia de las cámaras y el carácter popular de la monarquía. Naturalmente, las condiciones históricas singulares de la formación de Portugal, así como la revolución de 1315 -que, preservando la independencia nacional, soldó una alianza duradera entre la corona, sectores de la nobleza, comerciantes y el *populo minuto* de las ciudades- pueden explicar muchas de las características medievales que subsistían hasta los tiempos modernos, y que fueron extensamente tratadas por los historiadores portugueses desde Herculano.

Con esto, no pretendo, obviamente, resucitar la polémica ya superada sobre si hubo o no hubo feudalismo en Brasil; sencillamente porque no hubo, aunque algunas instituciones feudales en su versión portuguesa fueron heredadas por nosotros, como también -y fundamentalmente- heredamos la cultura de un mundo aristocrático. Pretendemos mostrar que las instituciones políticas de Portugal son transferidas y adaptadas aquí y también, sobre todo, que son los hombres de un país que no está en decadencia, sino todo lo contrario, los que para aquí se desplazan en una saga nacional conformada ideológicamente por el mundo aristocrático. No mucho tiempo después del inicio de la ocupación de las tierras americanas, Portugal mismo perdería su independencia con la unión de su corona a la de España, siendo por lo tanto difícil pensarse, en el inicio de nuestra colonización, en un fuerte poder central como en el caso de España. Por otro lado, las características de la unión de las coronas le garantiza a Portugal y a sus colonias una ausencia de injerencia directa por parte de Madrid, lo que llevó como resultado que la centralización característica de la América española tampoco operó en las tierras que irían a constituir Brasil.

La tradición centralizadora y el carácter esclavista de la política y de la economía brasileña son enfatizados de tal forma por los estudios de historia económica y sociología política que el otro lado, el gobierno local y la producción centrada en el trabajo libre o semi-servil tienden a ser simplemente dejados de lado. Ha llegado el momento de brindar una mirada tocquevilleana a ese lado oculto de la luna. Por ejemplo, dejar de enfatizar tanto el contraste con los Estados Unidos, puesto que también encontramos colonización a través de empréstitos estatales y trabajo esclavo como ocurrió en Virginia y Georgia.

En Brasil no hay nada semejante a la Guerra Civil norteamericana donde los vencedores impusieran algunas características de su formación como el mito que da origen a toda la nación: pequeña propiedad, explotación familiar, trabajo asalariado, *self government*.

Entretanto, podemos pensar que algunos episodios ocultaron toda una tradición localista y antiestatista que tuvimos en la América Portuguesa y en el Brasil (para citar sólo algunos ejemplos, podríamos mencionar el de la *Viradeira* -con la vuelta de los jesuitas, los grandes enemigos de los *bandeirantes* y de la leyenda de su victoriosa expansión, esencialmente privada, con frecuencia contra el poder central, agregando nuevas tierras al país-; el de la necesidad de normalización del período de la Regencia y la lucha contra las diversas tentativas separatistas o federalistas; o el de la derrota de São Paulo en la Revolución Constitucionalista de 1932, que alejó a la aristocracia paulista de la política nacional). No quiero, por lo menos por ahora, decir que esta tradición localista sea dominante, apenas que ella existe y que es escamoteada, ocultada. Tendremos que investigar las razones del eclipse.

IV.

Si el derecho a la diferencia y, consecuentemente, la garantía de no opresión a las minorías es una reivindicación de los liberales y de los libertarios desde el siglo XIX y una de las banderas de lucha contra los totalitarismos del siglo XX, cuando pensamos las grandes cuestiones de la democracia del siglo XXI, un paralelismo llama inmediatamente nuestra atención.

Hay un tema que -aunque antiguo- contemporáneamente surge fuera de la esfera de la reflexión política inmediata: nos referimos a la preservación de la diversidad. El movimiento ecologista desde hace décadas viene mostrando cómo la diversidad es central para la preservación del equilibrio de nuestro planeta. De la misma manera, la diversidad de las formas culturales, institucionales y organizacionales es fundamental para la preservación de nuestra libertad, así como también de la propia capacidad de innovación de los seres humanos, como Stuart Mill tan vivamente nos lo mostró en su famoso ensayo *Sobre la Libertad*.

Apesar de ser un tema sobre el cual, ya en la década del '30 del siglo XIX, también Tocqueville -con su extraordinaria capacidad premonitoria- llamaba la atención cuando alertaba acerca de la tendencia a la mediocridad de las sociedades democráticas, la idea de la diversidad quedó en gran parte ensombrecida por el gran retroceso que significó el surgimiento y la consolidación de los regímenes totalitarios durante el siglo XX. La lucha contra esos regímenes movilizó la atención y la inventiva de los que reflexionaban en ese entonces sobre la política. Se trataba, por un lado, de luchar por la victoria militar o ideológica de la democracia sobre el totalitarismo y, por el otro, por la implantación de la democracia donde ésta no existía.

Ha llegado el tiempo de reflexionar seriamente sobre los males y las flaquezas de la democracia y la manera de combatirlos, si no queremos caer en la pesadilla tocquevilliana del despotismo gentil. Ciertamente, uno de los remedios prio-

ritarios es el de la garantía de la diversidad. Debo, desde ya, aclarar que no se trata en modo alguno de una defensa del multiculturalismo, que en realidad forma parte del problema mucho más que de la solución.

Con el fin de los regímenes de economía de planificación centralizada y el consecuente proceso llamado de globalización, se generalizó el pensamiento de que un modelo formal de organización política, la democracia representativa, era el modo más perfecto de gestión de los gobiernos. No quiero discutir esta afirmación; digamos que pueda ser correcta para el momento histórico del cambio de siglo. En gran parte, gracias al desarrollo de la cibercomunicación, ya es posible pensar en modos viables de democracia directa o participativa que no podrían haber sido imaginados por Rousseau en sus solitarios paseos.

Por el momento, admitamos no sólo que la democracia sea un valor universal, sino también que los ritos electorales, de constitución de mayorías y de formación de gobiernos, así como las coreografías ínter e intrapoderes, sean actualmente los más adecuados para todos los estados constituidos, y que los llamados derechos del hombre sean una matriz de valores sobre la cual, en principio, todos los pueblos son capaces de concordar.

En este punto cesan las semejanzas entre las formas culturales, institucionales y organizacionales que gobiernan a los diversos pueblos, países y naciones, las unidades en que éstos se subdividen, así como a las asociaciones, bloques o confederaciones que existen o vayan a existir entre ellos. No debemos confundirnos ni dejar que nos confundan: los derechos humanos no son los derechos de los pueblos de Virginia (solamente de los blancos, lógicamente, pues para los negros apenas queda reservado ese derecho desigual que es la acción afirmativa). Es que la democracia, como valor universal, no son los *lobbies* en el Congreso de Washington o el sistema que se practica en Texas o en Alabama entre los respectivos gobernadores y las legislaturas estatales.

Existe en el norte de Portugal un dicho popular, muy recordado en el verano de 1975 cuando algunos militares ingenuos, aunque nefastos, intentaban imponer a la nación, desde Lisboa, un modelo de organización política rechazado por la mayoría de la población. El refrán rezaba: “Para lá do Marão mandam os que lá estão”⁴. O sea que cada pueblo, cada comunidad sabe cuáles son las particularidades que más le convienen. Felizmente, la sólida organización de la sociedad civil portuguesa con su tradición de autogobierno, que nos remonta por lo menos hasta la fundación de la nacionalidad, fue capaz de resistir las campañas de *dinamización cultural* con las cuales la *Quinta división* del ejército lusitano pretendía extirpar los aspectos considerados reaccionarios de la cultura popular. Se pretendía, entre otras cosas, prohibir las corridas de toros, el *fado* y el fútbol, considerados reaccionarios. Incluso, señal de los tiempos, las horribles series norteamericanas de televisión fueron sustituidas por inenarrables enlatados y filmes soviéticos y de Europa central (que entonces era llamada del este).

Esa embestida de algunos de los capitanes de abril, en el fallido intento de conquistar mentes y corazones, fue poco más que un sueño de algunas noches del caliente verano de 1975 que no llegó a tornarse una pesadilla. ¿Qué decir entonces hoy de la amenaza de la gran máquina igualadora que pretende aplastar las diferencias para hacer de todas las culturas, instituciones y organizaciones meros reflejos, copias a carbón, de aquella que tiene la pretensión de ser el modelo universal, pero que no es otra cosa que el interés particular de una nación que intenta hacerse pasar por el interés de todos? (no será necesario recordar aquí los análisis de Marx cuando mostraba cómo la ideología burguesa pretende hacer pasar sus intereses particulares de clase como el interés general de la sociedad).

El proceso de mundialización de la democracia no puede ser un proceso de sumisión política de provincias a la capital de un imperio que vive del *bleuff* de que las conquistaría sin necesitar desplazar a sus legiones. Ni la apertura de los mercados, deseable en función de la especialización y eficacia, debe ser una vía de mano única, donde –extrañamente–, vemos crisis y desempleo en casi todos los países del mundo y prosperidad y empleo apenas en uno. La Pérfida Albión al menos desplazaba a la *Royal Navy* para recoger el botín que, según juzgaba, se le debía.

Cabe justamente al estado (cuya muerte fue decretada tempranamente por aquellos que eran propietarios de la empresa funeraria que lucraría con el entierro) garantizar la diversidad contra los intereses extraños, contra la máquina globalizada de publicidad que pretende vender no sólo *sandwiches*, bebidas gaseosas, calzados, música, entretenimiento y estilo de vida. Garantizar la diversidad no sólo de la música, del cine, de la literatura, de las danzas populares, de las formas de organización de la sociedad civil, de la gastronomía (¡abajo el *fast-food*, viva el camarada Bové!), de la organización de la familia, de los valores religiosos, de las asociaciones festivas, deportivas u otras, sino también, sobre todo, la diversidad de las soluciones para las cuestiones planteadas por cada pueblo sobre la mejor forma de gobernarse. Tal vez hubiese una cierta exageración cuando un patriota de la América Ibérica se refería a nuestros grandes hermanos del norte como enemigos del género humano, pero ciertamente no es errado decir que con su cruzada actual son los enemigos de la diversidad del género humano.

Finalizaré repitiendo el verso de un poeta que fue más exitoso en otras áreas de la actividad humana: “Que cem flores desabrochem, que cem escolas rivalizem”⁵.

Bibliografía

Hirschman, Albert 1996 *Autosubversión* (São Paulo: Companhia das Letras).

Tocqueville, Alexis de 1985 *Oeuvres Complètes* (Paris: Galimard) Tomo III, Vol. 2.

Tocqueville, Alexis de 1994 (1835) *La Democracia en América* (México D.F.: Fondo de Cultura Económica).

Notas

1 Agradezco la generosidad intelectual de Marcelo Jasmin por la indicación de la *Question Espagnole* donde se encuentra el texto citado.

2 Referencia a los versos de la canción de Geraldo Vandré: “Para no decir que no hablé de flores”.

3 ¿Quién no recuerda la campaña electoral de Bush padre?

4 “Más allá del Marão [en referencia a la sierra del Marão, que separa el Minho de Trás-os Montes], mandan los que allí están”.

5 “Que cien flores florezcan, que cien escuelas rivalicen”.